

Homilía, 28 y 29 de Diciembre de 2019

### Fiesta de la sagrada familia

Este fin de semana celebramos la Fiesta de la Sagrada Familia. Acabamos de escuchar en el Evangelio de la Natividad del Señor (Misa Vespertina de la Vigilia, Diciembre 24) en donde un ángel del Señor se le apareció a José en un sueño y le dio instrucciones de llevarse a Jesús y a María a Egipto, y que se quedaran allí hasta que un ángel le dijera nuevamente cuando era seguro de regresar a Israel, después de la muerte de Herodes. Esto fue para cumplir un pasaje del Antiguo testamento en Oseas que decía: "*De Egipto llamaré a mi hijo*". (Oseas 11: 1) Muchos de los eruditos de la Biblia señalan que la Sagrada Familia estuvo en Egipto desde que Jesús era un bebé hasta que tenía alrededor de 4 años de edad. Entonces, Cristo dio sus primeros pasos y vivió durante sus primeros años de vida en un país extranjero, Egipto, como inmigrante.

¿Cuántos de nosotros estaríamos dispuestos de mudarnos a un país extranjero, a pie, llevando todas nuestras posesiones, para mantener a nuestras familias a salvo de la persecución? La mayoría de nosotros tenemos vidas muy confortables, aquí en el medio de los Estados Unidos y no tenemos temor o algún pensamiento de tener la necesidad de abandonar nuestra patria por un desconocido y lejano lugar para vivir a salvo del peligro de nuestra propia patria. José confió en Dios lo suficiente como para estar dispuesto a hacer este peligroso viaje para mantener a salvo a su familia.

¿Estamos dispuestos a confiar en Dios para enseñar nuestra fe a nuestros hijos? ¿O simplemente lo dejamos a cargo de los catequistas? Nuestros hijos aprenden inicialmente su vida de fe de sus padres. Si nosotros como padres tenemos una vida de fe tibia, nuestros hijos probablemente también tendrán una vida de fe tibia. Todos nosotros debemos enseñar nuestra fe a nuestros hijos y nietos, ya que son el futuro de la Iglesia. Nuestros jóvenes son la fortaleza y el alma de la Iglesia. En la reciente conferencia del *NCYC* en Indianápolis, todos los asistentes tuvieron la bendición de ver una transmisión de un video del Santo Padre. En el video, el Papa Francisco le dio a cada uno de los jóvenes (y adultos) presentes una tarea misionaria de conocer a cada persona, especialmente a los que están en la periferia, a los que sufren, para llevarles Cristo a ellos. Todos somos una familia a los ojos de Dios. Necesitamos ver siempre a Cristo en el otro, sin importar el individuo o la circunstancia.

La segunda lectura de hoy de la carta de San Pablo a los Colosenses (3: 12-21) sigue el mismo consejo que el Santo Padre dio en la conferencia *NCYC* de sobre cómo debemos tratarnos los unos a los otros en nuestras acciones diarias. Las palabras de San Pablo de hace muchos años atrás todavía se mantienen verdaderas hoy en día. Esencialmente, San Pablo nos da las pautas de cómo debemos vivir nuestra vida cotidiana como cristianos. Él cierra ese pasaje con palabras de sobre cómo deberíamos vivir nuestra vida familiar y cuáles deberían ser nuestras responsabilidades mutuas como una familia unida. Cada uno de nosotros tenemos nuestro propio papel que desempeñar ya sea como esposo, esposa, hermano, hermana o hijo como individuo en nuestra unidad familiar. Les recomiendo a ustedes que lean este pasaje nuevamente con un suave

recordatorio de cómo todos debemos vivir como cristianos, tanto hacia nuestras propias familias y también como nosotros debemos tratar a los otros que encontramos en nuestras vidas.

La primera lectura de hoy del Libro del Eclesiástico (Sirácide) continúa con este mismo tema de cómo tratarse el uno al otro dentro de nuestras familias. El respeto, la reverencia y el amor por nuestras inmediatas y extendidas familias que son apreciados atributos para tener una vida familiar amorosa. Es fácil sentirse de esta manera cuando los tiempos son buenos y las dificultades son pocas. Pero ¿ustedes siempre sienten estos mismos sentimientos el uno al otro cuando los tiempos son difíciles, cuando tenemos desacuerdos los unos a los otros, cuando las cosas no salen como lo esperábamos o como lo habíamos planeado? Esta lectura de las Escrituras también nos dice de cómo debemos tratar a los miembros ancianos de nuestra familia, siempre con amor y compasión.

No debemos olvidar que la unidad de la familia se llama la Iglesia doméstica. Esta iglesia doméstica o *Ecclesia domestica* (CCC 1656) del II Concilio del Vaticano, como lo dije antes, es el centro de una vida de fe radiante para nuestras familias. Esta iglesia doméstica es en donde todos ejercitamos lo que se nos llamó a ser en nuestro propio bautismo, de ser sacerdote, profeta y rey. El hogar es donde aprendemos las alegrías del trabajo, el amor fraternal, el generoso perdón ,y sobre todo, la adoración divina en la oración.

Todas las lecturas de este fin de semana enfatizan la fortaleza que tenemos como una unidad familiar, cuando trabajamos juntos por el bien común. Estas mismas fortalezas y responsabilidades también pueden ser aplicadas a nuestra más grande familia, la familia de nuestra parroquia, y la familia de nuestra Iglesia en el mundo. Si tratamos a todos los miembros de la Iglesia de Cristo como una sola familia, ¿no sería el mundo un lugar mejor?

Que la alegría y la paz del Señor estén siempre con ustedes.

***Diácono Mark Bortle***